



PERSONAJES DE LA NOBLEZA EN EL CISTER ESPAÑOL

POR FRAY M.^a DAMIAN YAÑEZ NEIRA
Monasterio de Oseira (Ourense)

¿Quién no ha oído hablar de aquella obra de Raimond *Tres monjes rebeldes*, que hace unas décadas hizo furor en las librerías, y aún hoy no ha perdido actualidad? En ella el monje norteamericano relata de manera novelesca —aunque basándose en la historia— la puesta en marcha de la Orden del Cister por parte de tres monjes «rebeldes» que intervinieron en la empresa, los cuales no se rebelaron contra nadie, sino contra ellos mismos, contra su manera de vivir en flojedad los compromisos contraídos en su profesión.

Tenemos que situarnos a fines del siglo XI en el monasterio benedictino de Molesmo, en tierras de Borgoña. Allí se llevaba una existencia poco conforme a la regla de San Benito, se vivía en laxitud, decaimiento de espíritu y la austeridad de costumbres brillaba por su ausencia. Esto desagradaba a un grupo de ellos, los cuales decidiendo cambiar de rumbo, idearon la manera de sacudir aquel letargo, saliendo en busca de un lugar adecuado donde fundar un nuevo monasterio para poner en vigor el ideal de perfección evangélica impuesto por San Benito.



FRAY M.^o DAMIAN YAÑEZ NEIRA

CITEAUX

Así se llamaba el sitio escogido al que se retiró el grupo expedicionario de monjes para iniciar una nueva singladura de vida monástica, que daría origen a una nueva Orden que llevaría el mismo nombre, cuya traducción al español tiene significación variada, aunque quizá la más corriente equivale a lugar pantanoso o valle de las cisternas.

El primer rebelde y responsable de la empresa fue el propio abad Roberto, quien no sólo aprobó el proyecto de cambio, sino se decidió a dar los pasos necesarios para conseguir lo que deseaban. En una obra clásica de aquellos tiempos, el *Exordio Parvo* —escrita por los propios fundadores— se dice: «En el año de la Encarnación del Señor 1098, Roberto, primer Abad de la iglesia de Molesmo, fundada en la diócesis de Langres, y algunos hermanos del mismo monasterio, se dirigieron al venerable Hugo, legado de la Sede Apostólica y arzobispo de Lyon. Le prometieron organizar su vida conforme a la santa Regla del padre Benito y le pidieron con insistencia que les ayudara con su autoridad apostólica, así tendrían mayor libertad para poner en práctica este proyecto. El legado acogió benigne sus deseos». Allí iniciaron el nuevo ensayo de vida que sin pensarlo daría origen a una de las órdenes más ilustres de la Iglesia.

Obligado Roberto a regresar a su primer monasterio, dejó el mando de la comunidad en manos de Alberico, tildado por Raimond de «radical», porque su vida monástica estaba marcada por ese signo de radicalidad en la entrega a Cristo, pues se trataba de una persona rebotante de humildad, que se resistió cuanto pudo en aceptar el cargo, prefiriendo lo que nadie quiere, obedecer antes que mandar. Pero al fin hubo de aceptar el ponerse al frente de sus hermanos, dejando huella indeleble de virtuoso y penitente. Al fallecer en 1109 le sucedió Esteban Harding, otro varón justo que llevaría adelante con gran tesón la obra iniciada por Roberto, dotándola de sabias normas, como fue instituir la famosa *Carta de Caridad*, tan conocida de los científicos, que le ha dado celebridad y sigue en vigor en nuestros días.



A par de ese título de legislador, Esteban dejó fama de científico, al acometer una obra gigantesca, la revisión de toda la Biblia, con el fin de que sus monjes estuvieran en posesión de la palabra de Dios auténtica, no viciada como la que circulaba en aquellos tiempos. La *Biblia de San Esteban*, escrita e iluminada primorosamente por sus monjes a comienzos del siglo XII, pone muy alto el nivel cultural de los primeros cistercienses, por ser hoy una de las piezas más valiosas que guarda la Biblioteca de Dijon, en Francia, un verdadero tesoro de la Humanidad, por su riqueza de ejecución. Nada decimos de San Bernardo, abad y fundador de Claraval, de esclarecida nobleza, verdadero impulsor de la Orden, que fundó de nueva planta más de sesenta monasterios y admitió otros tantos ya existentes.

La fundación de Císter tiene una fecha exacta de inicio, 21 de marzo del año 1098, fiesta entonces de San Benito, que aquel año coincidió con el domingo de Ramos. Una vez ofrecida esta brevísima síntesis ambiental, llevada a cabo por los «tres monjes Rebeldes» en las selvas de Cîteaux, en tierras de Borgoña, pasamos a desarrollar el tema, presentando una serie de sujetos de la nobleza que hallaron paz y quietud observando las normas del Císter.

1. DOÑA TERESA PEREZ, † C. 1187

Iniciamos el catálogo por la ilustre fundadora de Santa María de Gradefes (León), cuya personalidad ha sido aclarada en los últimos tiempos, pues hasta hace pocos años se venía diciendo que descendía de la casa Real de Aragón, sin ofrecer pruebas documentales para asegurarlo. Mas según los últimos estudios, casi podemos dar por cierto que procedía de un lugar desconocido al norte de la provincia de Zamora, limitando con Valladolid. Si no estaba entroncada en la casa Real de Aragón, es indiscutible que pertenecía a la clase noble.

Su nacimiento debió acaecer a comienzos del siglo XII por cuanto el primer documento que nos habla de ella en 1130, aparece unida en matrimonio con don García Pérez, al recibir



éste de manos del Emperador —en pago de servicios prestados a la Corona— la villa de Quintanilla del Páramo, sita entre los ríos Esla y Cea. Hay otra serie de documentos en los cuales se habla del matrimonio, pero sólo nos interesa mencionar uno en que dicho Emperador, hallándose en Basó, le hace entrega de la «la villa de Gradefes». Al fallecer don García años más tarde, construyó su esposa viuda un monasterio para religiosas del Císter, y lo más llamativo fue que ella misma se hizo religiosa, haciendo el noviciado y profesando, siendo elegida abadesa del monasterio.

A ella se debe la construcción del grandioso templo, cuyo único defecto es que no le dio tiempo a terminarla, antes se quedó a medio hacer, que de haberle dado remate, hubiera sido uno de los monumentos más notables del Císter español. A ella se debe igualmente la fundación del monasterio de Santa Colomba, en tierras de Benavente (Zamora), trasladándose en el siglo XVI a esta ciudad, donde hoy florece.

La fecha de su muerte podemos fijarla en 1187, en que comienza a sonar en el abadologio de la casa el nombre de su sucesora en el cargo. Algunos autores le dan el calificativo de virgen, pero es inexacto, por cuanto los documentos nos hablan de su marido, habiéndole precedido en la muerte, y construyendo el monasterio una vez viuda. En lo que sí coinciden todos es en la fama de virtuosa que disfruta (1).

2. DOÑA ESTEFANIA RAMIREZ, † 1183

Fue hija del Conde don Ramiro Froilaz, uno de los magnates más distinguidos del reino leonés en el siglo XII, cuyo nombre figura en la documentación de su tiempo desempeñando importantes cargos en la corte. De su primer matrimonio le nacieron tres hijos: Alfonso, Froila y nuestra Estefanía, cuya

(1) Quien desee ampliar datos puede ver mi trabajo *Leoneses ilustres en la Orden del Císter*, en «Tierras de León», 1992. Allí se indican otras fuentes que puede consultar el lector.



fecha de nacimiento se ignora pero se supone pudo ser entre 1115 y 1120, habiendo contraído matrimonio hacia 1140 con el Conde don Ponce de Minerva, personaje destacado de la corte de Alfonso VII. Hasta casi nuestros mismos días ha sido confundida con otra matrona de idéntico nombre, doña Estefanía Armengol, fundadora del monasterio de Valbuena, pero está claro que se trata de dos personas perfectamente definidas, ambas muy amantes de la Orden del Císter, por haber sido fundadoras de sendos monasterios.

Nuestra Estefanía, juntamente con su esposo, fundaron el monasterio de Sandoval, según testimonio de un documento fechado en la era 1205, año del Señor 1167. Poco más tarde emprenderían ambos la fundación de otro monasterio para vírgenes del Señor, el de Santa María de Carrizo, y en él venían trabajando con incansable entusiasmo, hasta que le sorprendió la muerte a don Ponce hacia 1174, y entonces ella, lejos de achicarse, continuó las obras hasta darle feliz remate, y entonces fue cuando daría un alto ejemplo de piedad, renunciando a las pompas del mundo y «abrazando ella misma la vida monástica en el atardecer de sus días. Las religiosas, agradecidas a su generosidad, y admiradas de los ejemplos de profunda vida cristiana, quisieron que ella misma estuviera al frente del monasterio, mientras durara su vida, y ella aceptó, pero siguió dando ejemplos de humildad, no queriendo figurar como abadesa, sino como simple religiosa, hasta que el Señor coronó sus méritos, concediéndole una muerte santa, en el año 1183, según consta del obituario antiguo del monasterio» (2).

3. DOÑA FRONILDE, † 1195

«En 1175 ejercía el Patronato del cenobio de Ferreira de Pantón la Condesa D.^a Fronilde y la Infanta D.^a Sancha, hijas

(2) Datos tomados del tumbo del monasterio de Carrizo, págs. 61-62. Quien desee conocer más información sobre su persona, puede ver mi trabajo: *Leoneses ilustres en la Orden del Císter*, «Tierras de León», 1992.



FRAY M.^o DAMIAN YAÑEZ NEIRA

del famoso Conde D. Fernando Pérez de Traba». Esta opinión apoyada por Vázquez Saco y que podemos dar por válida por cuanto tiene a su favor el testimonio de un documento que se expresa así: *Ego Fronilla Comitissa Fernandi*, yo la Condesa Fronilde Fernández, cuyo parecer se ve avalado igualmente por Angel Manrique. Consta que fue casada, posiblemente —según opinión de Julio González— con don Fernando Ponce de Cabrera, alférez mayor de Fernando II, pues sabemos que tuvo, al menos, una hija llamada Guiomar.

Es históricamente cierto que en 1175 doña Fronilde se hallaba ya viuda y le pertenecía si no todo el antiguo monasterio de Ferreira de Pantón —que por esos años estaba desierto o con una vida efímera—, una buena parte del mismo, y deseando revitalizarle de nuevo, se las arregló para conseguir la propiedad total del edificio y terrenos circunvecinos. La vida santa que llevaban los monjes de Santa María de Meira, con su abad Vidal a la cabeza, que irradiaba con fuerza sobre tierras lucences, atrajo todas sus simpatías, se puso en contacto con él, y se decidió a poner en marcha una obra que inmortalizaría su nombre.

Reparados los edificios y acondicionados convenientemente, trató de darles vida, acudiendo al Obispo de Lugo para que autorizase la fundación, y puesto de acuerdo con don Vidal, reunió un grupo de mujeres piadosas, algunas de ellas de la clase noble, y con la aprobación del prelado diocesano, estableció en Ferreira la vida monástica, bajo la jurisdicción del abad de Meira. Una vez restablecida o revitalizada la vida monástica en aquel monasterio, renunció a las pompas mundanas e ingresó ella no como abadesa —según dicen algunos historiadores— sino de simple religiosa y bajo la autoridad de la primera abadesa.

Tampoco hay acuerdo entre los historiadores acerca del año de su muerte. La mayoría la colocan en 1187, pero como tengo demostrado en diversos lugares, mientras no se demuestre lo contrario, prefiero seguir el parecer de Manrique quien, basándose en razones sólidas, retrasa su muerte a 1195, poco antes de que su hija doña Guiomar dictara el documento rati-



ficando todo cuanto había dispuesto su madre en favor de Ferreira y de Meira, documento fechado en 1196, sin especificar el día (3). «Vivió Fronilde —continúa Manrique— en el monasterio de Ferreira hasta el año 1195 en que llena de días y rebosante en méritos, murió santamente y fue a recibir del Señor el premio merecido por sus obras». Aunque algunos escritores no dudan en llamarla *Santa Fronilde de Lemos*, la verdad es que nunca ha gozado de culto (4).

4. DOÑA TERESA, REINA DE LEON, † 1250

Aunque consagró los últimos años de su vida en el monasterio cisterciense de Lorvão, en Portugal, sin embargo, el hecho de haber vivido temporadas enteras en San Miguel de las Dueñas y algunos otros monasterios del reino leonés, y haber fundado Villabuena para recluirse allí sus hijas bajo el ideal cisterciense, bien merece figurar en este elenco de almas grandes que ilustraron con sus méritos la cogulla del Císter.

Fue hija de Sancho I de Portugal y de Aldonza o Dulce de Aragón. Desde sus primeros años se mostró criatura angelical llena de encantos físicos y morales, con marcada inclinación a la vida religiosa, de la cual sus padres y progenitores eran grandes admiradores, pero no le fue posible abrazarla para mantenerse en virginidad, sino que estaba en manos de sus padres quienes hacia los trece o catorce años la desposaron —por razones de estado— (5) con Alfonso IX de León, sin ha-

(3) Nos merece más crédito Manrique que los demás escritores, tanto por su seriedad de historiador de la Orden, como porque no hemos encontrado en él las contradicciones halladas en otros escritores nativos. En cuanto a doña Guiomar, su hija, es seguro que fue casada, por lo que le fue imposible imitar el ejemplo de su madre, a pesar de que algunos escritores hayan dicho lo contrario.

(4) Quien desee conocer más datos, puede ver mi trabajo: *El monasterio de Ferreira de Pantón*, Lugo, 1987.

(5) En el siglo XII era muy frecuente que el matrimonio no era de libre elección por los contrayentes, sino eran los padres quienes señalaban con el dedo quiénes debían unirse con ese lazo indisoluble, de ordinario por razo-



FRAY M.^a DAMIAN YAÑEZ NEIRA

ber obtenido antes dispensa del grado de consanguinidad existente entre ambos consortes, que eran primos hermanos. Como mansa corderilla aceptó la voluntad de sus padres y se encaminó a León.

Eran inexorables los Papas de aquellos tiempos en hacer cumplir los cánones, por ser un mal muy extendido en aquellos tiempos y los Reyes debían ser los modelos de cumplimiento de los deberes religiosos. Amenazaron una y otra vez con grandes castigos, y al fin tuvieron que separarse —no divorciarse, como ha escrito algún historiador de nuestra época— contra la voluntad de ambos, porque Teresa era la mujer fuerte que llenaba todas las aspiraciones de su marido y se portaba como verdadera madre de todos sus súbditos. Empezó viaje de regreso a Portugal, llevando en sus brazos a la benjamina de los tres hijos que había dado al Rey: Fernando, Sancha y Dulce.

Al verse libre de los lazos matrimoniales, jamás pensó ya en contraer nuevas nupcias —a pesar de hallarse en los veinte años— sino trató de seguir su primera vocación de consagrar al Señor el resto de su vida. Reformó la vida del monasterio de Lorrvão, y antes de ingresar en él, trató de colocar debidamente a sus hijas Sancha y Dulce, para lo cual fundó el monasterio de Villabuena en tierras bercianas, y cuando lo vio en marcha, y sus dos hijas viviendo el ideal cisterciense, volvió a su monasterio de Lorrvão, donde llevó una vida de total retiro, pues no quiso admitir la menor dignidad, muriendo rebosante de virtudes hasta escalar el honor de los altares (6).

nes de estado. Sabemos las continuas pendencias que mediaban entre aquellos pequeños reinos peninsulares. Muchas veces para obtener una paz alterada, se conseguía uniendo en matrimonio personas de ambos bandos contendientes.

(6) Si alguno desea conocer más datos sobre esta gran mujer, puede ver mi trabajo: *En Benavente se consumó la unidad de Castilla y León*, Rev. «Brigecio», núm. 1, Benavente, 1989, págs. 109-140.



5. PRINCIPE BEN-HAMETE

«Dios es admirable en sus santos», cantaba el Real Salmista, y es una verdad palpable que advertimos a cada paso en tanta variedad de santos como ilustran las áureas páginas del santoral católico, según vamos a ver en el siguiente ejemplo, pues causa asombro la manera tan original de que se valió Dios para atraer los corazones de quienes vivían alejados de él.

Había en Carlet —población valenciana— a mediados del siglo XII un «alcalifa o régulo» moro que tenía varios hijos, el segundo de los cuales, llamado Hamete, criado en el mahometismo como todos sus antepasados, recibió un día cierta misión de parte del rey moro de Valencia, para que presidiera una misión que debía tratar diversos asuntos pendientes con el Conde de Barcelona. Se puso en camino con el séquito, tomando el camino de la costa hacia la ciudad condal. Una vez atravesado el Ebro, Dios permitió que perdieran el camino y se adentraran a través de bosques donde plantaron sus tiendas para pasar la noche. Hallándose descansando, oyeron unas cadencias armoniosas que les llamaron la atención. Siguieron el eco de las mismas y se encontraron con el monasterio de Poblet, cuyos monjes acababan de cantar los maitines.

Escuchemos de labios del historiador principal de la casa lo que sucedió: «Habiendo por divina disposición llegado a este monasterio, admirado de la celestial conversación de sus santos monjes, atraído por el imán de las virtudes y ejemplar vida de todos ellos, obrando interiormente la divina gracia, se convirtió a nuestra santa fe católica, y bautizado con nombre de Bernardo, por la devoción a nuestro dulcísimo Padre San Bernardo, vistió el hábito de Poblet de mano de dicho abad don Grimaldo, y llegó a ser monje de tan admirables virtudes y de tan encendida caridad, que logró victorioso la palma del martirio».

Completaremos estos datos históricos. La conversión de este hombre fue sincera y correspondió a la abundancia de gracia que se volcó en él, llegando a ser un monje fervoroso que admiraba a los más virtuosos y con más años en el servicio di-



FRAY M.^a DAMIAN YAÑEZ NEIRA

vino. Al verle tan cumplidor del deber y que había tomado la vida monástica en serio, le nombraron cillerero o procurador del monasterio, cargo que le cuadraba de maravilla —dada su propensión en ayudar a los pobres— cuya principal preocupación era de facilitar a la comunidad todo lo necesario para alimento y vestido, al par que dependían de él los huéspedes, peregrinos y cuantos pobres llegaban al monasterio. Para todos tenía Bernardo una palabra de aliento, y a la vez que disfrutaba, depositaba en manos de los necesitados todo cuanto podía disponer, de manera que hubo ocasiones en que los monjes, al notar la prodigalidad con que distribuía las limosnas, temían les faltara lo necesario para ellos, pero se equivocaron, Dios salía en auxilio de aquel su siervo que tan generosamente distribuía limosnas impregnadas en sonrisas angélicas.

Pasaron bastantes años sin saber nada de los suyos, hasta que un día, llevado del deseo de compartir con ellos las alegrías en que rebosaba su alma desde que abrazó la fe cristiana, obtuvo permiso de sus superiores para viajar a Carlet a casa de sus familiares, con ánimo de atraerles a la fe. Encontró el hogar completamente transformado. Sus padres habían muerto, y estaba al frente del pequeño reino su hermano mayor Almanzor, fanático seguidor de la religión mahometana. Por tal motivo era imposible tratar con él el problema religioso. En cambio, las dos hermanas Zaida y Zoraida —jóvenes candorosas— no opusieron la menor resistencia, antes se entusiasmaron con las doctrinas que su hermano les descubrió, hasta el punto de aceptar recibir el bautismo, cambiando sus nombres por los de Gracia y María (7).

Pero temiendo las venganzas de Almanzar, planearon los tres huir del hogar paterno. Así lo hicieron en una ausencia del hermano, pero al llegar éste, montó en cólera y ordenó que les persiguieran y castigaran severamente. Así lo hicieron: les alcanza-

(7) La orden cisterciense reconoce entre sus santos no sólo a San Bernardo, sino también a sus dos hermanas María y Gracia. Ignoro los motivos, tal vez porque aquella huida de Carlet fuera con el designio de consagrar a Dios su virginidad en algún monasterio del Císter, llevando la misma vida que su hermano.



ron en un bosque antes de llegar a Alcira, y al ver que se mantenían firmes en la fe, a Bernardo le traspasaron la cabeza clavándole en un árbol, en tanto que a las dos hermanas las decapitaron. Recogidos los cuerpos de los santos mártires, fueron llevados a Alcira, donde resplandecieron en milagros de tal manera que hoy son los santos patronos de aquella ciudad, que festeja todos los años su memoria con grandes fiestas el 1 de junio (8).

6. PRINCESA SANCHA

Fue la mayor de los tres hermanos, hijos de Alfonso IX de León y Teresa de Portugal, matrimonio disuelto por el Papa Celestino III a causa de haberlo contraído sin dispensa canónica, del grado de consanguinidad, prohibido en aquellos tiempos. Al separarse sus padres, se quedó en León con su hermano Fernando (9), bajo la tutela de su padre Alfonso IX, quien es de suponer se esmeraría en darle una educación adecuada a su rango, si bien no tenemos de ello la menor prueba documental. Pocas noticias directas nos ha conservado la historia sobre ella, no obstante, de algunos sucesos políticos acaecidos en la época podemos colegir cual fue el talante de su persona.

Según algunos autores, intentaron casarla con diversos sujetos, alguno de ellos de película, no creemos que por inclina-

(8) Cfr. FINESTRES, J.: *Historia del Real Monasterio de Poblet*, Edit. t. II, disert. II. YAÑEZ NEIRA, D.: *San Bernardo de Alcira*, en la Rev. «Cistercium», 1958, págs. 161-163.

(9) Con el fin de evitar confusiones, aclararé lo siguiente: Alfonso IX de León estuvo casado con Teresa de Portugal, de la que tuvo tres hijos: Sancha, Fernando y Dulce o Aldonza. Al disolverse el matrimonio, contrajo nuevas nupcias con Berenguela de Castilla, hija de Alfonso VIII, de la que entre los hijos que tuvo de ella hay otro Fernando. Este sería el que sucedió en Castilla a su abuelo Alfonso VIII y luego en León a su padre Alfonso IX, mereciendo por sus virtudes escalar el honor de los altares: es San Fernando III el Santo. En cambio, el otro Fernando, habido del matrimonio con Teresa y que venía preparando su madre para que sucediera a su padre en León, murió hacia los veinte años, quedando el camino expedito para la fusión de los dos pequeños reinos.



ción natural de ella, sino concertados por personas ajenas, por razones de estado, proceder harto seguido en la época. Es posible que los grandes conflictos matrimoniales presenciados en la familia —de los cuales eran protagonistas los propios padres—, y, sobre todo, el ejemplo admirable de la madre, que a pesar de su radiante juventud ya no ambicionó otra cosa en el mundo, sino consagrarse por completo a Dios en el Císter, la arrastraran a seguir su ejemplo, ingresando en el claustro como simple religiosa.

Al tener que separarse Alfonso IX de doña Berenguela —por idénticos motivos que con doña Teresa—, entró en relaciones amorosas con una tercera hembra llamada Teresa Gil de Soberosa (10), de la cual, entre otros hijos, tuvo otra Sancha, objeto de enredo para la mayoría de los historiadores. En diversos lugares he intentado dilucidar la verdad histórica (11). No siendo posible detenernos para aclarar este tema, porque nos llevaría demasiado lejos (12), sintetizaré con Flórez, el historiador que lo trata muy por extenso, a base de documentos: «Después de fallecer don Alfonso, quedaron ambas hermanas con el asilo del derecho a la Corona, que el padre las quiso dar; pero su medio hermano San Fernando, que las estimaba mucho, se ajustó con ellas por concordancia hecha entre las madres».

En el año 1243, en que acabó su obra el Arzobispo de Toledo, ya había muerto doña Sancha, y creo que algo antes, pues escribiendo el capítulo 24 del libro 7, dice que doña Sancha y don Fernando murieron sin dejar sucesión, pero que vivía

(10) Es un craso error apellidar a doña Teresa de Portugal —hoy Santa Teresa— «Gil de Soberosa», porque si hubiera que aplicarle apellido, tendría que ser Sánchez, por ser hija de Sancho I. A pesar de ello, no conozco a historiador alguno que le dé este apellido, y en cambio la apellidan Gil, cosa completamente errónea. Doña Teresa Gil de Soberosa, la tercera supuesta esposa de Alfonso IX, fue hija de don Gil Vázquez de Soberosa y de doña María Arias de Fornelos. Cfr. H. FLÓREZ: *Reinas Católicas, o.c.*, págs. 370-371.

(11) Véase, por ejemplo, nuestro trabajo: *La Princesa doña Sancha, hija primogénita de Alfonso IX*, Rev. «Tierras de León», 1982, págs. 49 y sigs.

(12) Tal vez lo hagamos algún día en alguna revista portuguesa, como lo hemos hecho en algunas españolas.



doña Dulce. Esto convence que había muerto entonces doña Sancha; y por consiguiente fue diversa de otra hija del Rey, que tuvo el mismo nombre y yace en fama de santidad en Santa Fe de Toledo: pues la presente, hija de la Bienaventurada Teresa Reyna, había muerto antes de 1243, y la segunda doña Sancha vivía en el año 1270 (13).

Efectivamente, esta segunda Sancha —que casi siempre suele apellidarse «Alfonso», es hija del Rey y de la tercera esposa Teresa Gil de Soberosa, no existiendo la menor razón para confundirla con la primera Sancha, hija de Santa Teresa y de Alfonso IX, fallecida antes de 1243.

7. PRINCESA DULCE

Hermana de doña Sancha, Dulce o Aldonza fue la menor de los tres hermanos que al separarse su madre de Alfonso IX la llevó en brazos a Portugal, por ser de pocos meses. Debía de ser un vivo retrato de su madre ya en sus primeros años, pues ella sola llenaba el palacio real, y era la alegría de su abuelo Sancho I. Bien lo dio a entender a la hora de dictar testamento. Poco después de morir su abuelo, se trasladó a León, al lado de su padre y de su hermana Sancha. Allí continuó su formación científica y espiritual, si bien la residencia habitual de ambas Princesas parece fue el palacio real de Villabuena, cedido por su padre a doña Teresa al tiempo de casarse.

Este palacio se convertiría más tarde en monasterio cisterciense, con el nombre de Villabuena (14), en el cual vivirían

(13) H. FLÓREZ: *Memorias de las Reinas...*, o.c. págs. 330-331. Sancha Alfonso, hija de Alfonso IX y de Doña Teresa Gil de Soberosa, falleció en 25 de julio de 1270, en fama de santa, siendo inhumada en Santa Eufemia de Collozos, donde permaneció hasta 1608 en que fueron trasladados sus restos a Santa Fe de Toledo, convento ocupado por religiosas comendadoras de Santiago.

(14) Quien desee conocer los datos históricos relacionados con este monasterio erigido por Santa Teresa, Reina de León, puede ver mi trabajo: *El monasterio de Villabuena, fundación de una santa reina*, en «Archivos leoneses», 1986, págs. 249-278.



las dos hermanas Sancha y Dulce, mientras su madre, una vez que las vio abrazadas a la vida religiosa, voló ella a Portugal para hacer lo mismo en el monasterio de Lorvâon. Nada decimos de la renuncia al trono de León que hizo su madre en nombre de ambas Princesas, pasándoselo a Fernando III de Castilla, luego de asegurarles el porvenir económico (15).

Como la santidad de vida irradiaba en toda la comarca, muchas jóvenes acudían a rodear de cariño a su antigua Reina, y a la vez hacer agradable la vida a las Princesas. Fue entonces cuando surgió en su mente la idea de transformar el palacio en monasterio, a fin de que pudieran consagrarse a Dios todas cuantas se sintieran llamadas a una vida angélica. Se enteró el Rey de los propósitos de Teresa, reiteró la donación hecha en otro tiempo, añadiendo nuevos bienes, con objeto de asegurar el patrimonio económico del futuro monasterio.

La santa no se apartó de Villabuena hasta ver coronada su obra, y establecida en el monasterio la observancia del Císter. Algunos autores suponen fue allí donde recibió el hábito monástico: «Según escrituras de Carracedo, parece haver tomado allí el hábito la misma Santa Reyna. Lo cierto es que el Papa Gregorio IX declara haver sido religiosa cisterciense (en breve que la dirigió en el año 1231, confirmando la fundación de Villabuena) (16), pero si esto fue en el 1228 en que sabemos estuvo acá el legado apostólico Juan Sabinense, mencionado allí por el Papa, como que estuvo presente; no parece haver tomado el hábito en Lorvaón con la anticipación referida por los Escritores Portugueses, sino que tomándole acá, se recogió después en Lorvaón, cuando concluyó las disensiones civiles apaciguadas por su influjo, cuando murió su marido en el 1230» (17).

(15) Sobre este tema apareció un trabajo mío en la Rev. *Brigecio* de Benavente, núm. 1, págs. 109-139, en la cual aportó datos sobre las Princesas.

(16) En dicho breve se leen estas palabras: «Tibi habitum Cisterciensi ordinis Assumentis, domum quae dicitur Villabona». Aunque no lo expresa con claridad, no deja de darlo a entender.

(17) H. FLÓREZ: *Memorias de las reinas...*, o.c., págs. 335-336.



Es incuestionable que ambas Princesas se hicieron religiosas del Císter en Villabuena, y aunque no está del todo claro si la madre recibió allí el hábito monástico, a nuestro modo de ver nos parece normal que las tres lo recibieran en el mismo día. ¿A qué esperar la santa a recibirlo en Lorvaón, pudiéndolo hacer en compañía de sus hijas? Sin duda fue aquel un día de inolvidables recuerdos para ellas, y en los anales del Císter, por tratarse de tres almas de selección, en las cuales se manifestaron pródigas las predilecciones divinas.

8. PRINCESA CONSTANZA

Existen varias Princesas de este nombre que vistieron el hábito cisterciense en diversos monasterios. Aquí tratamos de la hija de Alfonso VIII y de Doña Leonor de Inglaterra, fundadores de las Huelgas de Burgos. Se ignora la fecha de su nacimiento, aunque se sospecha con seguridad que fue en los últimos años del siglo XII, puesto que parece fue el penúltimo o antepenúltimo vástago brotado en aquel matrimonio donde reinaba la honradez y santidad de vida. «La Infanta doña Constanza —escribe Muñiz— llamada la Santa, hija del Rey Fundador y de la Reina doña Leonor su mujer; la primera Infanta de Castilla que tomó el santo hábito en el Real Monasterio. Fue tan religioso su ejemplo y sus virtudes tan raras, que en fuerza de ellas le nombraron hasta el día de hoy doña Constanza la Santa» (18).

Este autor es uno de los que omiten que esta religiosa fuera abadesa, pues la mayoría de los historiadores lo afirman erróneamente, basado tal vez en Manrique. La tradición constante es que jamás quiso admitir otro cargo que el de enfermera, por el placer que sentía en ejercer este deber de caridad.

Resplandecía igualmente por una pureza angelical (19).

(18) MUÑIZ, R.: *Médula Histórica cisterciense*, Valladolid, 1786, pág. 117.

(19) Quien desee ampliar datos, puede ver mi trabajo: *Nobleza y virtud en Santa María la Real de las Huelgas*, en esta Revista «HIDALGUÍA», XXXVII (1989), págs. 216-220.



9. DOÑA MARIA PEREZ DE GUZMAN

Descendía de una de las familias más nobles de Castilla, habiendo ingresado religiosa en las Huelgas de Burgos, donde ya tenía una hermana llamada Teresa. Llegó a ser abadesa en 1232, habiéndose distinguido por su celo por mantener la observancia en su mayor perfección. Muñiz resume en breves trazos la grata memoria que dejó en la comunidad: «La Venerable señora doña María Pérez de Guzmán, 4.^a abadesa del Real Monasterio, fue tan valerosa y constante en la virtud, que aunque tuvo que sufrir muchos y terribles asaltos del demonio, jamás se dio por vencida; y después de haber llenado a su Comunidad de ejemplos de edificación y de virtud, murió el diez y siete de agosto del año de 1238» (20).

10. INFANTA BERENGUELA

«Entre las Infantas que ennoblecieron el regio Monasterio de Las Huelgas con sus virtudes, como lirio entre azucenas, se yergue la esbelta y egregia figura de doña Berenguela, adornada por la naturaleza con las más bellas cualidades, y hermo-seada su alma con las más esclarecidas gracias, con las más heroicas virtudes. Fue hija del Rey San Fernando y de su digna esposa doña Beatriz de Suabia, sobrina de Federico I Barbarroja e hija de Enrique I, ambos Emperadores de Alemania sucesivamente» (21). Nació en 1230 y fue el último vástago aparecido en aquel hogar perfumado de virtud formado por San Fernando y su esposa Beatriz de Suabia, por lo que fue formada en honda piedad por aquellos padres modelos de toda virtud, aunque apenas tuvo tiempo de recibir el calor maternal, por haber fallecido doña Beatriz cuando Berenguela sólo contaba cinco años. Entonces aquel padre prudente, temiendo que las seducciones del mundo pudieran contaminar

(20) MUÑIZ, Fr. Roberto: *Médula Histórica cisterciense*, t. V, pág. 165.

(21) ALVAREZ, J.: *Nobleza y Virtud*, pro manuscrito, Las Huelgas, s/a, pág. 75.



el corazón de aquel tierno capullo, la confió a las religiosas de las Huelgas para que completaran su educación. Ellas se encargaron de llevarla por caminos de inocencia, resultado una criatura rebosante de cualidades físicas y morales. Una vez llegada a la edad en que debía decidir su camino, optó por seguir en la casa de Dios, abrazando el estado religioso.

En la vestición de hábito ofició el Arzobispo de Burgos, don Juan de Medina, cuyo hecho resalta la Crónica General con estas palabras «La metieron virgen en el Monasterio de Las Huelgas de Burgos, et consagraronla a Dios» (22). Están contestes los autores en afirmar que siempre se mantuvo en humildad, no queriendo presidir la comunidad, a pesar de sus buenas cualidades no nobleza de origen. Prefería parar en el anónimo antes de tomar a su cargo el régimen de las almas, arte de las artes, como diría aquel santo. Esto no impedía que pusiera todo su valimiento para interceder en favor de sus hermanas, y de la propia comunidad, bien ante su padre, bien ante aquellos personajes de la nobleza de los cuales se podía obtener ayuda.

Unos de los más acuerdos tomados por consejo de esta Princesa es que cuando sólo contaba veinte años, mandó construir un sepulcro digno para su abuela doña Berenguela, a quien los historiadores califican como «admirable ejemplo de virtudes», según Colmenares mujer *santísima* aclamada por propios y extraños. Su profunda humildad, la llevó a disponer en su testamento ser enterrada en sepultura llana y sencilla, como cualquier otra persona de pueblo, sin el menor simbolismo de realeza; pero su nieta Berenguela, con muy buen acuerdo, le pareció que debía ser enterrada en un sepulcro digno, y mandó construirlo y trasladar sus restos a él.

En esos años en que disponía tal decisión, tuvo la honda pena de perder a su padre, espejo de santidad, que pasó a la

(22) Entendidas al pie de la letra tales palabras, parece como que la forzaron a tomar el hábito, y no hay tal, porque para la validez del estado religioso se requería voluntad y libertad plena para abrazarle, de lo contrario hubiera sido invalida la profesión y demás actos jurídicos.



FRAY M.^a DAMIAN YAÑEZ NEIRA

posteridad con fama de santo y de hecho fueron reconocidas heroicas sus virtudes por la Iglesia. Nuestra joven religiosa rehusó siempre presidir los destinos de la comunidad, antes seguía la tónica de las Princesas de aquel tiempo que ejercían el cometido de «Mayoras», equivalente a defensoras de los derechos de las religiosas, muchas veces injustamente atropellados por la nobleza. Su calidad de Princesas les daba potestad para oponerse a las usurpaciones o presiones ejercidas contra la comunidad.

Después de una vida de entrega a favorecer a la comunidad, falleció en opinión de santidad en los últimos meses de 1278 o en los comienzos del año siguiente (23).



(23) Quien desee conocer más datos sobre ella puede consultar a AMANCIO RODRÍGUEZ: *El Monasterio de las Huelgas de Burgos*, t. I. págs. 137 y sgs.